

ASIA PACÍFICO: UNA ÉPOCA DE TRANSICIÓN

JUAN JOSÉ RAMÍREZ BONILLA
Coordinador del Programa de Estudios APEC

Hasta el 1º de julio de 1997, en el momento en que se desencadenó la crisis asiática, los países de Asia del Pacífico eran reconocidos por la capacidad de sus gobiernos para garantizar condiciones que favorecen el crecimiento económico.

En 1995, en el momento de auge del discurso sobre la globalización, concebida como un proceso basado en la libre operación de los mecanismos de mercado, el Banco Mundial publicó su informe sobre los factores que influyen en el crecimiento de la región: en forma explícita, allí se reconocía la importancia de la intervención gubernamental en el éxito económico asiático.

En diciembre de 1997, en el primer informe sobre la crisis asiática, los analistas del Fondo Monetario Internacional reconocían la capacidad de los gobiernos de la región para garantizar, en cada caso, un contexto macroeconómico positivo. La crisis parecía escapar a toda lógica y, en dicho texto, se le calificó paradójicamente como “una crisis de éxito”.

Por otra parte, el funcionamiento político de las sociedades asiáticas, alejado de las normas que regulan la vida democrática de los países “occidentales”, garantizaba tanto la cohesión como la estabilidad política de las sociedades nacionales.

Como resultado de los factores que desencadenaron la crisis, los gobiernos fueron incapaces de regular procesos económicos que se desarrollaban en un ámbito supranacional; asimismo, en la mayoría de los casos se vieron confrontados a la agudización de los problemas derivados de su todavía muy reciente acceso a la vida política independiente.

En ese contexto, los escándalos provocados por la corrupción estuvieron a la orden del día a lo largo y ancho de la región. Más allá del enfoque normativo con que han sido tratados por los medios de comunicación nacionales e internacionales, esos escándalos ponen en evidencia, por un lado, las profundas divisiones existentes entre las diversas facciones de las élites políticas; por el otro, el abismo creciente que separa a esos grupos de poder de las poblaciones de sus respectivos países. Así, diversos acontecimientos propiciaron situaciones de conflicto y pugna entre las diferentes fuerzas políticas.

Con la muerte del primer ministro Keizo Obuchi y las elecciones celebradas en junio en Japón los partidos políticos sostuvieron diversas luchas que buscaban influir en la nueva política económica, y el gabinete del sucesor, Yoshiro Mori, tuvo que enfrentar dos votos de desconfianza. Los malabares de los dirigentes del PLD han logrado mantener un equilibrio inestable que con frecuencia parece estar a punto de la ruptura.

En Malasia, el *affaire* Anwar Ibrahim fue opacado por los debates sobre la islamización del país sostenidos por los diferentes partidos políticos. Para la UMNO, se trata de la recuperación de una legitimidad que se deteriora progresivamente entre la población malaya. Para el PAS, en cambio, se trata de sentar las bases de un proyecto político basado en el Islam. Para las formaciones políticas no bumiputras, en contraste, se trata de evitar una malayo-islamización de la vida política que sólo puede tener repercusiones negativas para los no orang-asli. La represión política no ha estado ausente y la crispación de los mecanismos de coerción parece haber provocado acontecimientos como el asalto a un campamento militar por parte de militantes de un movimiento islámico radical, con ramificaciones internacionales.

En Camboya la situación política dista mucho de haber mejorado; el ejercicio arbitrario del poder y la impunidad siguieron siendo la norma, pues se ha mantenido la tensión entre el gobierno y la oposición política. Las negociaciones para establecer un tribunal destinado a juzgar a los dirigentes del Khmer Rouge no llegaron a una resolución. Tampoco se logró establecer una fecha para la realización de las elecciones locales, poniendo en entredicho la frágil estabilidad política.

En Indonesia, el país con mayores problemas en materia de estabilidad interna, el presidente Abdurahman Wahid ha sido el blanco de los ataques de la coalición de partidos islámicos que lo encumbró en el gobierno. Su permanencia al frente del Poder Ejecutivo parece ser considerada por el PDI-P y los Golkar como un mal menor: permite evitar, por el momento, el ascenso de personalidades políticas que pugnan por recuperar el espíritu de la Carta de Yakarta,

basada en el reconocimiento del Islam como la religión de Estado. Por si la división de Reformasi en islamistas y laicos no fuera suficiente, la violencia derivada de la confrontación entre el gobierno central y los partidarios de la independencia en las provincias de Aceh e Irian Jaya se acentuó. Asimismo, los conflictos interétnicos se recrudecieron en las Molucas y otras provincias indonesias. Ante la incapacidad de los civiles para manejar los innumerables conflictos políticos y sociales, los militares han amenazado con intervenir para evitar el desmembramiento del país.

El suceso más importante del año en Filipinas, fue el enjuiciamiento del presidente Joseph Estrada provocado por los escándalos de corrupción y soborno, así como por su incapacidad para resolver la crisis económica y política que afecta al país. Las animadversiones entre los diversos grupos de la clase política difícilmente podrán reducirse en el corto plazo y, con seguridad, la inestabilidad política seguirá presente. Por otra parte, los secuestros perpetrados por el grupo guerrillero islámico Abu Sayyaf en territorio malasio intensificaron la lucha entre militares y rebeldes musulmanes, pero, sobre todo, pusieron en evidencia las deficiencias de la intervención gubernamental unilateral en la solución de problemas de carácter internacional.

Laos también pasó por un año de tensión e inestabilidad política debido al resurgimiento de la guerrilla del grupo étnico hmong y a una serie de atentados terroristas ocurridos en la capital. En el plano internacional, el gobierno fortaleció sus relaciones con China y Vietnam y participó activamente en diversos foros regionales.

En Taiwán el predominio político del Kuomintang llegó a su fin con el triunfo del candidato del Partido Democrático Progresista en las elecciones presidenciales. La transición política, sin embargo, no ha estado exenta de conflictos para el nuevo gobierno. En el dominio de la política exterior, se han mantenido las presiones del gobierno de la República Popular de China (RPCh) sobre el de Taiwán con la intención de prevenir cualquier tentativa de romper el *statu quo* existente entre ambas entidades.

En China fue notable la lucha emprendida por el gobierno de Jiang Zemin contra la corrupción; pero, sobre todo, destacan las medidas aplicadas contra la secta Falungong para contener su propagación, ya que el gobierno trata de fortalecer su posición en espera de una futura reelección.

Por suerte no todos los acontecimientos regionales tuvieron una connotación negativa; por ejemplo, son dignos de encomio la desmovilización de algunas unidades militares en Camboya y los progresos realizados en la campaña para reducir el número de armas en poder de la población en general.

Fue positivo también el encuentro histórico entre los dirigentes de las dos Coreas que permitió el acercamiento pacífico, sentando las bases para iniciar la cooperación económica bilateral y, quizá, la posible reunificación.

Singapur se convirtió en miembro no permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y hubo un importante avance en sus relaciones con Malasia.

Más allá de estos acontecimientos venturosos, la crisis ha puesto en evidencia el desfase existente entre los procesos de consolidación del Estado nacional y del Estado-nación.

—El Estado nacional, caracterizado por el centralismo y la verticalidad, pudo, mediante mecanismos más o menos coercitivos, crear las ventajas comparativas que hicieron posible el éxito económico.

—El Estado-nación, en contraste, marcado por una diversidad cultural profunda o por una diferenciación social derivada de la modernización industrial, se encuentra sometido a múltiples fuerzas centrífugas que ponen en duda la permanencia de la unidad nacional.

Los estados nacionales, por otro lado, se ven confrontados a una alternativa: o disipan dichas fuerzas, posponiendo indefinidamente la solución de los problemas sociales que las originan, o se abocan a resolver los problemas, a pesar de que ello implique una reforma a fondo tanto de los mismos estados nacionales como de los estados-nación.

Las tareas pendientes de los estados nacionales son titánicas; por si ellas mismas no bastaran, el contexto actual, marcado a la vez por una profunda interdependencia regional y por una recuperación económica no muy firme, determina el carácter de las soluciones: éstas ya no podrán ser referidas al estrecho ámbito del espacio nacional; ahora requerirán la cooperación y la concertación interestatal, so pena de que los estados vuelvan ser rebasados por los procesos en curso.

Dada la estrecha interdependencia de las economías asiáticas del Pacífico, ningún gobierno puede jactarse de haber logrado una recuperación económica definitiva. La RPCh rebasó las expectativas de crecimiento y tuvo una fuerte presencia en la escena internacional gracias a las negociaciones bilaterales para su entrada a la Organización Mundial de Comercio (OMC); éstas, sin embargo, atrajeron la atención sobre la necesidad de llevar a cabo algunas reformas en el sector financiero.

En Camboya los indicadores económicos también registraron ciertos avances; los progresos realizados en materia de reforma económica y social fueron bien recibidos por los donadores internacionales de los cuales depende el país. Sin duda la industria del turismo tuvo el mejor desempeño.

En contraste, los indicadores económicos mostraron que para la mayoría de los países las consecuencias de la crisis asiática todavía no han sido superadas; por ejemplo, en Filipinas el crecimiento económico no fue tan rápido como se esperaba: como resultado de la crisis política el peso siguió devaluándose, la inflación aumentó y el flujo de inversiones permaneció estancado.

Tailandia sigue en vías de recuperación, pero con una moneda todavía debilitada y con un rezago importante del sector agrícola.

En Laos, pese a que el PIB y los niveles de inversión extranjera comenzaron a recuperarse, la economía todavía no logra superar el impacto de la crisis asiática.

Indonesia alcanzó durante el 2000 niveles de recuperación que podrían verse afectados por la lenta reestructuración de la deuda corporativa, la recapitalización bancaria y la inestabilidad sociopolítica.

Algo semejante sucedió en Malasia: el desempeño económico fue bueno, pero existen factores económicos y políticos que amenazan con dar marcha atrás a la recuperación alcanzada hasta el momento.

Japón, el motor del crecimiento regional, ha acumulado nueve años consecutivos de dificultades económicas y no parece estar en condiciones de reencauzarse en la senda del crecimiento y menos aún de contribuir a la recuperación regional. En gran medida, eso ha influido en el cambio de actitud de las autoridades niponas respecto a las negociaciones de acuerdos bilaterales de libre comercio: así, con el fin de hacer frente a la recesión y a los retos del nuevo siglo, decidieron iniciar negociaciones con los gobiernos de Singapur, Corea del Sur y México; con ello han impuesto una nueva práctica en materia de integración regional.

Singapur, que ha logrado una recuperación que parece sólida, también se ha convertido en el más activo promotor de los acuerdos bilaterales de libre comercio: por lo pronto ya ha firmado uno con Nueva Zelanda y se encuentra enfrascado en negociaciones con Australia, Canadá, Estados Unidos y Japón. Aunque también mostró gran interés por establecer un acuerdo con México, el cambio de gobierno ha pospuesto indefinidamente esa posibilidad.

Finalmente, Vietnam también se ha sumado a esta nueva práctica mediante la firma de un tratado de libre comercio con su enemigo irreconciliable de antaño: Estados Unidos.

El nuevo panorama indica que las élites gobernantes han empezado a rectificar los errores cometidos en el pasado: la libertad otorgada a los agentes económicos privados, nacionales y extranjeros, fue uno de los factores que tuvieron un peso decisivo en el desencadenamiento de la crisis; ahora,

mediante los acuerdos económicos intergubernamentales, las autoridades tratan de establecer mecanismos regulatorios de los procesos económicos que se desarrollan en el mundo; con esos mecanismos pretenden remediar una deficiencia puesta en evidencia por la crisis.

Queda por ver si todos los gobiernos están listos para adoptar ese tipo de acuerdos; por lo pronto, el proyecto del ASEAN Free Trade Area se encuentra en tensión: mientras el gobierno singapurense busca sacudir a sus socios de la ASEAN mediante negociaciones multidireccionales para establecer acuerdos de libre comercio, el gobierno malasio ha dado marcha atrás con la reducción arancelaria acelerada; todavía más, los malayos parecen más preocupados por los problemas sociopolíticos domésticos que por el futuro de la asociación.

En todo caso, la nueva práctica de la integración regional ha inaugurado una nueva fase del desarrollo de una comunidad que engloba el área del Pacífico: ha echado los cimientos de los primeros puentes entre países de ambas riberas del océano.